

Recuerdo y elaboración del trauma psicológico y sus efectos

Remembrance and elaboration of psychological trauma and its effects

Jorge Marugán Kraus
Universidad Complutense de Madrid, España

Resumen. El presente trabajo intenta establecer las claves del efecto del trauma psicológico en el sujeto, de los posibles recursos defensivos ante aquel y de la influencia de la elaboración del trauma en la constitución del deseo y los fantasmas. Así mismo, este trabajo presenta un modelo de intervención psicoanalítica de cuatro fases en el sujeto traumatizado.

Palabras claves: trauma, goce, memoria, deseo, fantasma, objeto, intervención.

Abstract. This work attempts to establish the keys that explain the effect of psychological trauma on the subject, the possible defensive resources deployed to face it, and the influence of trauma ellaboration in order to determine the constitution of wish and fantasy. This work provides as well with a model of four phases psychoanalytic intervention in the traumatized subject.

Key Works: trauma, joissance, remembrance, wish, fantasy, object, intervention.

Trauma, goce y nacimiento de un sujeto

Situemos, de entrada, el acontecimiento traumático como un gran impacto (Marugán, 2008): cantidades ingentes de “estímulos perceptivos” que impactan en el organismo y deberán ser transcritos a través de diferentes sistemas para su tramitación psíquica y para conservarse como huella en la memoria (Freud, 1899/1996b, p. 532); o, según Lacan y su tesis del inconsciente estructurado como un lenguaje, impacto masivo de elementos significantes desconectados de todo significado sobre una sustancia gozante.

Pues bien, esos estímulos chocan masivamente con un organismo vivo y susceptible de ser agujereado. Podemos comparar el trauma con el impacto de una lluvia de grandes meteoritos sobre la superficie de un planeta, éstos agujerean su superficie dejando cráteres, llegando a alcanzar su núcleo incandescente, fundiéndose con él y alterando su composición. Desde ese momento, las reacciones geológicas del planeta quedarán alteradas. Los impactos determinarán, incluso, una nueva órbita para ese planeta.

Jorge Marugán Kraus es Profesor del Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación de la U.C.M. Profesor del Master Oficial en Psicoanálisis y Teoría de la Cultura de la U.C.M. Profesor del Master en Psicoterapia Psicoanalítica de la U.C.M. Especialista en Psicología Clínica

La correspondencia sobre este artículo debe enviarse al e-mail: jmarugank@yahoo.es

Revisemos ahora el fundamental concepto de *goce* que articula toda la obra de Lacan: llama “goce” a la satisfacción pulsional en bruto; satisfacción que, por escapar a los mecanismos de regulación del placer, sobreestimula al organismo provocando un cortocircuito y convirtiéndose en fuente de malestar. El goce sería, por tanto, un exceso, un “más allá del principio del placer” que desbarata el orden simbólico y que siempre está ahí, como una mancha que nunca sale. Se asimila así a la dimensión lacaniana de lo Real, de lo que no tiene sentido. Podría ser expresado por la angustia, por el dolor, incluso vincularse a la pulsión de muerte freudiana. Paradójicamente, el goce es también sustancia vital, compele al lazo, a gozar del cuerpo del otro, a buscar y compartir el engaño del sentido, a despertar al sujeto del sueño del placer. Consideramos que la distinción goce-placer efectuada por Lacan viene a simplificar el complejo entramado metapsicológico freudiano y nos permite plantear una hipótesis inicial de importantes consecuencias en el devenir humano: *tan sólo el goce (y no el placer) deja huella*.

Los cráteres abiertos por los impactos traumáticos constituirán, entonces, imborrables marcas de “goce”, marcas alrededor de las cuales se va a concentrar y organizar la energía pulsional del sujeto. Con ello podemos presentar la gran paradoja del trauma: *a través del trauma podemos pensar, no sólo el efecto del acontecimiento traumático en un sujeto sino el origen mismo del sujeto puesto que éste, tras el trauma, queda siempre destituido para erigirse una nueva organización pulsional*. Nacemos como sujetos a partir de impactos que deja unas marcas traumáticas, como la cabeza de ganado que corre libre hasta que es capturada y marcada por el hierro candente; la quemadura, el goce, es inseparable del hecho de que, para la res, esa marca no signifique nada. Sin embargo, a partir de ahí, la marca va a determinar su destino.

No hay, por tanto, primer trauma, porque los estímulos perceptivos tomados por el lenguaje, los significantes, ya estaban ahí, impactando antes del nacimiento: “mi hijo será un gran hombre”. Impactando incluso antes de la concepción: “cuando tenga un hijo será un gran hombre”. Sólo podemos representar el primer trauma a través del mito: “el pecado original”, la expulsión del paraíso terrenal, mitos que aluden a la imposibilidad de un goce pleno, de una libertad absoluta. Freud, inspirado en otro mito, lo nombró a su manera: “incesto”.

Podemos establecer, entonces, que la tarea fundamental del aparato psíquico sería producir, desde el impacto de goce traumático del significante en el organismo, una medida de goce limitada, manejable y compatible con la consistencia del sujeto. Este trabajo intenta profundizar en los efectos del trauma, de la marca de goce sobre el cuerpo y las posibilidades de rememoración y elaboración de tal suceso.

Olvido y recuerdo del objeto del goce: el deseo

Freud (1899/1996b, p. 533) es taxativo al separar los procesos de percepción y memoria:

El sistema *P* [percepción-conciencia] no tiene capacidad ninguna para conservar alteraciones [de lo percibido], y por tanto memoria ninguna, [tan sólo] brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales [...] Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo conscientes, no muestran cualidad sensorial alguna o muestran una muy ínfima en comparación con las percepciones.

Es decir, para Freud el establecimiento de la huella mnémica y su rememoración dependen de sistemas que alteran la percepción de los impactos estimulares. Para que algo pase a la memoria algo tiene que borrarse de la percepción. En las percepciones deberán operar diferentes procesos de transcripción que Freud ordenará de la siguiente forma en la Carta 52 a Fliess (diciembre de 1896):

Signos de Percepción – Inconciencia – Preconciencia – Conciencia.

Tales procesos harán del recuerdo algo totalmente diferente del estímulo percibido. Lo que se recuerda y lo que se olvida estará determinado, entonces, por las leyes de esos sistemas de transcripción del impacto perceptivo. Sistemas sucesivos regidos, en principio, por la preservación y la constancia energética, por la articulación del placer con las exigencias de la realidad. Los recuerdos serán, por tanto, “encubridores” (Freud, 1899/1996a), inevitablemente falseados por el sujeto para preservar su equilibrio y los olvidos no serán sino “sintomáticos” (Freud, 1901/1996c), formaciones defensivas ante la amenaza de un goce no rememorable.

Una de las manifestaciones fundamentales de la alteración que induce la memoria respecto a la percepción podemos encontrarla en la descripción freudiana de la constitución del deseo. El *deseo* es descrito por Freud

en *La interpretación de los sueños* (1899/1996b, pp. 557-558) como una moción psíquica asociada a la huella mnémica que deja la tensión resultante de una necesidad. La moción deseante estará dirigida, en un primer momento, a producir alucinatoriamente una imagen mnémica del objeto de la satisfacción que se recargará cada vez que reaparezca la necesidad. Pero:

Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin [...] Para conseguir un empleo de fuerza psíquica más acorde a fines, se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde ésta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad [perceptiva] deseada.

Así, la imagen mnémica evocará la primera y mítica satisfacción de la necesidad pero, cada vez, el sujeto se encontrará con la “amarga experiencia” de la insatisfacción, con la imposibilidad de encontrar el objeto impreso en la engañosa imagen de su memoria. El deseo será causado por ese *objeto perdido e inalcanzable*, pero el sujeto tendrá que conformarse con desear un *objeto sustitutivo* con el que la imagen mnémica establezca una identidad perceptiva y que nunca acabará de responder a las expectativas depositadas. El deseo es nostalgia, inseguridad, duda; al contrario que la pulsión, que busca directamente la satisfacción.

Lacan (1999, pp. 71 y 96) añade que el deseo se separa y distingue de la *necesidad* al formularse la *demandas* de satisfacción por el bebé, “necesidad que la demanda introduce en un orden distinto, el orden simbólico, con todas las perturbaciones que éste puede traer aquí [...] Las necesidades no nos llegan sino refractadas, quebradas, despedazadas”.

En conclusión, el intento de rememoración de lo que realmente nos satisface es siempre fallido, la memoria nos traiciona: al manifestarse la necesidad y formularse lingüísticamente una demanda de satisfacción, el desencuentro entre lo que se espera recibir, evocado por el recuerdo de una primera y mítica satisfacción no demandada, y lo que realmente se obtiene, determina la pérdida traumática del objeto real de la satisfacción, el nacimiento del sujeto de deseo. El deseo no cesará de apuntar al objeto perdido, no sexuado en su origen, a través de sucesivas demandas, pero sólo podrá recuperarlo parcialmente a través de una fantasía (“imágenes mnémicas alucinatorias”) y la conexión de éstas con un objeto externo sustitutivo que nunca llegará a procurar la plena satisfacción.

Gracias, entonces, al engaño de la memoria surgirá el sujeto en su dimensión deseante (que Lacan nombrará “\$”) y la causa de su deseo: ese objeto real, perdido, imposible, recortado del cuerpo “natural” y angustiante si no es “re-presentado”. *Angustiante porque localiza y concentra un vacío inaugural, fuente de goce innombrable*. Lacan bautizará a este objeto nombrándolo de manera mínima con la primera letra del alfabeto: “objeto *a*”.

Fijación y rememoración del objeto de goce: el fantasma

Entonces, ¿de qué recursos alternativos disponemos ante la imposibilidad del reencuentro con el objeto que porta el goce y es causante de nuestro deseo? El ser hablante (neurótico) puede contar con un dispositivo de rememoración privilegiado para afrontar la angustia: un montaje de imágenes mnémicas que sostendrán su fijación al goce producido por ese “objeto *a*”, haciendo posible lo que Freud (1915/1996f, p. 122) señaló como uno de los cuatro destinos posibles de la pulsión: “la vuelta hacia la propia persona”. En la órbita de Lacan, Cathelineau (2002, p. 94) explica así la formación del *fantasma*:

El sujeto ratifica la pérdida de este objeto por medio de la formación de un fantasma que no es otro que la representación imaginaria de este objeto supuesto como perdido. Es un corte simbólico lo que separa de ahí en adelante al sujeto de un objeto supuesto como perdido. Este corte simultáneamente es constitutivo del deseo, como falta, y del fantasma que va a suceder al aislamiento del objeto perdido. La excitación real del sujeto en la persecución de lo que lo satisface va, entonces, a tener como punto de obstaculización una falta, y un fantasma que en cierto modo hace de pantalla a esta falta y que resurgirá en la vida sexual del sujeto.

El fantasma será, por tanto, un engaño de la memoria para afrontar el trauma innombrable y facilitar la satisfacción de la pulsión. Un engaño en el que el objeto perdido se incorpora parcialmente al sujeto a través de un

montaje particular de imágenes. Lacan lo formalizará con la expresión: \$? a

Resulta importante aclarar el uso del término *fantasma*. Este término es tomado de *fantasme*, traducción francesa de *Phantasie*, término alemán utilizado por Freud. Aunque en castellano podríamos equiparar las traducciones *fantasma* y *fantasía*, preferimos la primera porque alberga un matiz más sugerente. Laplanche y Pontalis (1994, p. 138) señalan que la palabra alemana *Phantasie*, igual que la castellana *fantasía*, designa la imaginación en un sentido amplio: el mundo imaginario, sus contenidos, la actividad creadora que lo anima. Sin embargo, *fantasma* es algo más preciso; designa, igualmente, la variedad de formaciones imaginarias descritas por Freud pero, sobre todo, posee en castellano esa resonancia siniestra de nombrar algo íntimo y, a la vez, extraño que reaparece. En cualquier caso, el término *fantasma* puede ser usado para aludir, en general, a las diferentes producciones fantasmáticas del sujeto. Como dice Miller (1984, p. 22), “es justamente ese equívoco y esa plasticidad del término lo que permite emplearlo de un modo que permite atravesar con él todo el campo analítico”. Pero conviene hacer algunas precisiones. La literatura psicoanalítica que utiliza el término *fantasma* lo hace, en general, equiparándolo al concepto de las *Wunschphantasien* o *fantasías de deseo inconsciente* cuyo prototipo es *Pegan a un niño*. Recordemos que Freud distingue tres tiempos en el análisis de esa fantasía (1919/1996h, p. 181):

- 1º, una escena vivida en la realidad, desencadenante de un deseo incestuoso: “mi padre pega a mi hermano luego me ama sólo a mí”.
- 2º, una fantasía inconsciente y no susceptible de conciencia que sólo puede ser construida en el análisis: “mi padre me pega”.
- 3º, la fantasía consciente que puede ser contada y que suscita una intensa excitación sexual: “pegan a un niño”.

Las referencias al fantasma en la literatura pueden aludir tanto al segundo como al tercer tiempo, no obstante, suele reservarse la expresión *fantasma fundamental* para nombrar específicamente al segundo y, sencillamente, *fantasma* para el tercero o para el proceso en su totalidad.

Por su parte Freud, a partir del abandono de su teoría de la seducción temprana como causa de las neurosis, considerará al fantasma inconsciente como un contenido latente que deberá ser construido en análisis y como paso intermedio en la formación del síntoma.

El fantasma constituirá una barrera respecto a la angustia y la vestidura del trauma que, para inscribirse de alguna manera en la memoria, debe adoptar una estructura historizada. El fantasma es el escenario de esa historia. Obtiene placer, entonces, de un lugar de la historia que radicalmente sobrepasó al sujeto. Como el juego infantil, el fantasma transforma lo pasivo en activo, tramita el encuentro traumático y obtiene placer de la rememoración. Con ello orienta la elección sexual del sujeto modelando la satisfacción sexual particular.

Por otra parte, si el fantasma nace ligado a una huella de goce presentada como objeto perdido, para transformar ese goce primitivo en placer sexual o goce regulado por una genitalidad fálica, el fallo como objeto tendrá que unificar a los objetos pulsionales pregenitales, convertirse en el objeto de los objetos, como estableció Freud. Siendo así, el argumento de la mayoría de los fantasmas constituirá una escenificación de este sometimiento a través de una escena de seducción. En el ejemplo de *Pegan a un niño*, alguien que ostenta imaginariamente el fallo pega (hace gozar) a un niño; así el fallo se impone y regula el goce; y el resultado es una producción de placer. El goce fálico adquiere así, a través del fantasma, la conexión con las figuras representadas en la escena estableciéndose la necesaria “soldadura entre pulsión y objeto en el curso evolutivo” referida por Freud en los *Tres ensayos*. (1905/1996d, p. 134).

El fantasma en el análisis

En palabras de Miller (1992, pp. 20-23), se trata de “transformar el goce en placer, [por tanto] la angustia misma aparece cuando hay un desfallecimiento de la cobertura fantasmática”. Podemos deducir, entonces, que cuando el fantasma falla en su función de elaboración, de tramitación del goce, éste puede penetrar como exceso colapsando el deseo y produciendo lo que llamamos el *síntoma neurótico*. Al contrario que el fantasma, el síntoma circulará parcialmente por la cadena significante, por eso será accesible a la *interpretación*, cuyo efecto podrá liberar la circulación del deseo. ¿Podríamos pensar, entonces, el síntoma tan sólo como un fallo

del fantasma? ¿Sería objeto del análisis hacer más eficaz el fantasma? ¿Cuánto más eficaz sea el fantasma mejor circulará el deseo? La experiencia clínica muestra que no es así, el deseo del sujeto puede quedar aplastado y el sujeto mismo quedar coagulado por el mismo fantasma, como apreciamos más claramente en el caso del obsesivo. El propio Freud en *Pegan a un niño* (1919/1996h, p. 195) hablaba de los sujetos masculinos fanteadores como sujetos que veían “menoscabada su sexualidad real”.

Respecto a la complejidad de las manifestaciones fantasmáticas en la terapia, Miller (1992, p. 22) aclara que “con el análisis todo eso se va a ir limpiando poco a poco en dirección hacia una formalización, una simplificación, una suerte de singularización, si se puede decir, del fantasma”; no obstante, “el fantasma fundamental es el punto límite del análisis [...] Con el fin de análisis lo que se puede esperar es que la relación del sujeto con ese fantasma fundamental cambie”. Para Miller, obtener la revelación de esas fantasías es una cuestión de trabajo del analista, la resistencia a comunicarlas no es sólo por vergüenza, también porque remite a una falta en el campo significante; los pacientes no suelen quejarse de su fantasma, más bien encuentran en él un recurso, un consuelo para el síntoma. Según este autor el elemento fantasmático no está en armonía con el conflicto neurótico, en el fantasma no hay enigma, es función del analista plantearlo como enigma. Hay una inercia, una monotonía del fantasma por su fijación al objeto *a*, como contar siempre el mismo chiste; el objeto *a* determina la inercia y la dimensión monótona del análisis. El fin de análisis sería, entonces, un atravesamiento del fantasma, la caída del objeto que presenta, se trataría de romper su limitación, la sobredeterminación repetitiva que produce en lo sexual. Para ello es imprescindible que el analista no se coloque en posición de “amo” sino en posición de objeto perdido, lugar vacío para la transferencia.

Siguiendo ahora a Nasio (1998, pp. 161-165), el fantasma se construiría en el análisis, pero no sólo a través de la posible confesión del paciente de sus fantasías íntimas, sino en la observación de la repetición de ciertas secuencias en su historia. Según este autor, para situar el lugar del objeto perdido al que el sujeto queda fijado en el fantasma, es preciso distinguir el *afecto* dominante en su manifestación y enlazar el goce que vehicula la zona corporal erógena que corresponde. Nasio utiliza como ejemplo un caso de arranques incontrolables de ira en los que se manifiesta un fantasma sado-masoquista en el que la zona erógena sería el conjunto de músculos que se activan y el objeto de goce al que el sujeto queda fijado sería el objeto como dolor; el goce sería un goce inconsciente de sufrir dolor, en ese momento todo en él es dolor, el dolor condensa su ser como defensa ante una descarga absoluta de dolor infinito.

Repeticiones frente a producciones del inconsciente

De los sucesivos sistemas de transcripción del estímulo perceptivo, Freud (1915/1996g) conseguirá determinar con particular maestría la organización del sistema *icc* (inconsciente), aislando ciertas leyes particulares. Los contenidos *icc* transcribirán los *Signos de Percepción* en representaciones investidas de energía libidinal y relacionadas por proceso primario: sin contradecirse ni oponerse, condensando e intercambiando sus cargas energéticas simplemente por proximidad o similitud, sin representación de la muerte ni de la diferencia sexual y *sin influencia del tiempo cronológico*.

Sin embargo, la clínica nos muestra una diferencia fundamental en la temporalidad de las manifestaciones del inconsciente estudiadas por Freud: algunas de ellas se producen, constituyen el resultado de un inconsciente que trabaja; y otras, sencillamente, se repiten, resultado de un inconsciente-amo que manda trabajar. El inconsciente como amo que repite no apunta al sentido, más bien al eco de ese núcleo traumático no asimilable y que se manifiesta cada vez como la primera vez, sin modificar aquello que se repite. Algo del síntoma y sobre todo del fantasma caen en ese terreno, su intención de significación no es evidente, no todo en ellos es creación de sentido y, por tanto, susceptible a la interpretación; síntoma y fantasma tienden a durar, a permanecer y a repetirse. Por el contrario, el inconsciente que produce es aquel de la manifestación fugaz, aquel que sorprende en un instante a través del lapsus, del chiste, del sueño o, ahora sí, del efecto inesperado del síntoma; aquel que ponemos a trabajar a través de la interpretación.

El análisis introduce la espera para posibilitar la sorpresa (anuda repetición y sorpresa). La operación analítica, por tanto, puede ser concebida como un desciframiento que tratará de hacer pasar del estatuto de la repe-

tición al estatuto de la interpretación, del inconsciente amo al inconsciente como saber inesperado. Para Lacan ese saber siempre es supuesto, y la suposición (ilusoria) de ese saber localizada en la figura del analista instaura la transferencia. Gracias a ella la función “tiempo” como tiempo lógico se introduce en el inconsciente: el pasado (que nunca se vivió) en el presente apuntando a la realización de un deseo en el futuro. La transferencia (Freud, 1941/1996e, p.152) permite la expresión aquí y ahora de la resistencia:

El analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa* [...] repite en vez de recordar [...] Pronto advertimos que la trasferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la trasferencia del pasado olvidado.

Los cuatro tiempos de elaboración del trauma

Partiendo del sujeto agujereado por el encuentro inaugural traumático con los significantes sin significado, además de los mecanismos del deseo y el fantasma, ¿qué capacidad tenemos para la elaboración del trauma en el análisis?

Gracias a la clínica sabemos que los efectos de un impacto traumático no se pueden predeterminar, que cada sujeto hará de eso algo diferente, lo que demuestra, como descubre Freud, que todo trauma se estructura retroactivamente, de adelante hacia atrás, en la historia subjetiva.

Sugiero, en primer lugar (Marugán, 2008), hacer la siguiente diferenciación:

- Llamar *acontecimiento* a la parte de la marca que puede ser leída, “rememorada” por el sujeto, con su carácter inesperado y diferente del curso uniforme de sucesos. El acontecimiento será siempre un acontecimiento del decir y conllevará la emergencia de un sujeto de la palabra.
- *Trauma* sería, entonces, lo que de esa marca no puede ser leído. Su efecto sólo puede manifestarse a través de la compulsión a la repetición.

¿Qué posibilidad hay, entonces, de hacer del trauma acontecimiento? Si el efecto del impacto traumático es una marca de goce y la tarea del aparato psíquico es la “domesticación” de ese goce, fijemos, inspirados por el trabajo de Alemán y Larriera (2001) y desarrollando nuestra propia aportación (Marugán, 2008) cuatro fases en el trabajo analítico del sujeto traumatizado, cuatro momentos en el intento de hacer, del trauma, acontecimiento.

Las cuatro fases que destacamos se basan en un movimiento circular del objeto que hemos presentado como objeto del goce u objeto *a* para Lacan, producto del engaño de la memoria y que concentra en su presentación desnuda el goce innombrable del encuentro traumático:

1^a fase: Atravesamiento del objeto del goce

Momento en el que el sujeto se encuentra atravesado por el objeto del goce como un “hueso en la garganta”. Si se trata del dolor, no hay sujeto, sólo dolor, dolor ahogado. Su manifestación en la clínica es el silencio o la palabra vana, presencia de goce masivo, testimonio sin sujeto. Estamos ante un sujeto despedazado, desubjetivado, donde el sujeto es un puro objeto caído, perdido. Podemos tomar con Lacan (1965) el ejemplo del famoso cuadro titulado *El grito* de Edvard Munch; la angustia que transmite deviene de representar el grito como ahogado, silencioso, y a un sujeto deshumanizado, más bien una mancha humanoide, sin rasgos, sin oídos para oír su propio grito.

La función del analista en esta fase, quizás la más difícil, es la de “estar”, la de esperar, acompañar la espera.

2^a fase: Extracción del objeto del goce

El objeto puede expulsarse y acaece el grito audible, el llanto o lamento desarticulado. Requiere de un “Otro” capaz de oír (Otro con mayúscula que designa, para Lacan, un lugar particular, distinto de cualquier “otro” semejante al sujeto).

La intervención del analista aquí se basa en el silencio y la escucha, el espacio analítico se convierte en el elemento que da límite y consistencia a ese momento de extracción de goce.

3^a fase: Inserción y velamiento del objeto del goce en el cuerpo del Otro

Corresponde con el intento de articulación del trauma en un discurso producido por el sujeto y puntuado por el analista como Otro.

Suscita la emergencia de un sujeto deseante (deseo, en primer lugar, de nombrar al objeto del goce). Conlleva un efecto fundamental: el establecimiento de un fantasma y un goce fálico-sexual puesto que el objeto extraído es insertado en la imagen del cuerpo del Otro. Este fantasma vela el objeto produciéndose la paradoja de que cuanto más deseo de nombrar al objeto, más se vela éste, más se fija al fantasma.

La intervención del analista aquí es la interpretación articulada como efecto de sentido, como manifestación de saber y el soporte (en abstinencia) de la imagen fantasmatizada del “Otro”, objeto de la reacción transfencial.

4^a fase: Caída y reintroducción del objeto del goce

Se trata, por fin, de una necesario derrumbe del escenario de fijación fantasmática del objeto, de una ruptura del discurso articulado alrededor del sentido y del saber a través de otra modalidad de interpretación: la interpretación como equívoco, como sinsentido. Esta intervención supone la suspensión del goce fálico-sexual en la sesión y una caída o atravesamiento del fantasma para retrotraer al objeto al registro de lo real traumático. Sería volver a agujerear el lugar del sujeto, inocular una porción de angustia (mismo principio que las vacunas) para abrir un nuevo proceso.

Referencias

- Alemán, J. y Larriera, S. (2001). *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*. Madrid, España: Síntesis.
- Cathelineau, P. C. (2002). Deseo. En Chemama (dir.), *Diccionario del psicoanálisis* (pp. 88-96). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1996a). Sobre los recuerdos encubridores. En *Obras Completas Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*, (Vol. 3, pp. 291-316). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1899).
- Freud, S. (1996b). La interpretación de los sueños (continuación). En *Obras Completas. La interpretación de los sueños (II) y Sobre el sueño (1900-1901)*, (Vol. 5). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1899).
- Freud, S. (1996c). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas, Psicopatología de la vida cotidiana (1901)* (Vol. 6). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901).
- Freud, S. (1996d). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas, Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901-1905)* (Vol. 7, pp. 109-225). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1996e). Recordar, repetir, reelaborar. En *Obras Completas, Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913)* (Vol. 12, pp. 145-158). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1996f). Pulses y destinos de pulsión. En *Obras Completas, Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916)* (Vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996g). Lo inconsciente. En *Obras Completas, Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916)* (Vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996h). “Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de las génesis de las perversiones sexuales. En *Obras Completas, «De la historia de una neurosis infantil» (Caso del «Hombre de los lobos»), y otras obras (1917-1919)* (Vol. 17, pp. 173-200). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Lacan, J. (1965). *Seminario 12. Problemas cruciales para el psicoanálisis*. (inédito).
- Lacan, J. (1999). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1994). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, España: Labor.
- Marugán, J. (2008). Paradojas del goce. Trauma y nacimiento del sujeto. *Psicoanálisis en el Sur*, 4. Recuperado de http://www.psicoanalisisenelsur.org/num4_articulo6.htm
- Miller, J. A. (1992). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Nasio, D. (1998). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona, España: Gedisa.

Manuscrito recibido: 17/03/2014

Revisión recibida: 06/07/2014

Manuscrito aceptado: 08/07/2014